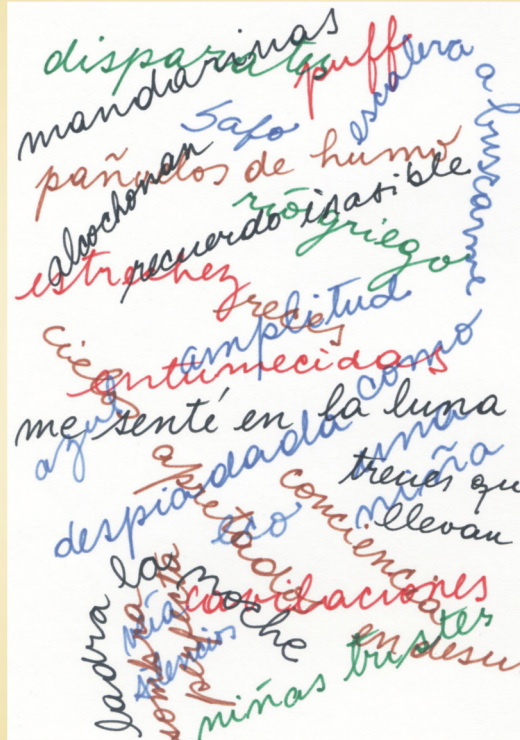




POESÍA

SER HABLADA



ALICIA WAISMAN



Waisman, Alicia

Ser hablada. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas
Circulares, 2013.

68 p. ; 2x14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-3613-04-3

1. Poesía. I. Título

CDD 861

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

OCTUBRE 2013

Diseño de tapa: *Florencia Biondo*

Idea de imagen de tapa: Marina Burstein

Contacto con la autora: aliciawaisman@yahoo.com.ar

Ediciones Ruinas Circulares
Directora: Patricia Bence Castilla
Aguirre 741 - 7º B
(1414) Buenos Aires
E-mail: info@ruinascirculares.com
www.ruinascirculares.com

ALICIA WAISMAN

S E R
H A B L A D A

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

ediciones ruinas circulares

Algunas notas sobre “SER HABLADA” de Alicia Waisman

Es bastante conocido lo que Derrida solía repetir: “sólo tengo una lengua y no es la mía”, una lengua que nos habita, a la cual pertenecemos, pero no nos pertenece. El sujeto no es portador del a priori kantiano, sino el heredero de un lenguaje histórico, completa Vattimo. Una lengua que domina a sus hablantes. Nos ha sido impuesta desde afuera a través de los hábitos: una forma de alienación. No podemos acceder a una realidad pre-lingüística. “Ser hablada” de Alicia Waisman, trabaja especialmente esta idea, pero de muchas maneras, sugiriendo estos temas y recalcando el silencio “real”: no es posible asir la palabra y nos restan silencios “envueltos en papel de seda” (como la poesía) y regalados. Se produce entonces la paradoja de una palabra que *alumbr*a la conciencia pero *recoge* silencios.

¿Cómo hablar por ejemplo de los desaparecidos por la dictadura militar? ¿Llamarlos “Sin título” porque ninguna palabra del idioma puede nombrarlos? (*También eran sombra/ y presencia*). Es la paradoja de lo que fue, pero no tiene nombre, lápida en la tumba, certificado de defunción, palabra: lo propiamente indecible, que ni siquiera se puede pronunciar bajo pena de desaparición. También ellos *discuten en silencio*. Las palabras de esos desaparecidos (o las que pudieran referirse a ellos) se vuelven *espectrales*, o peor, *reses colgando/ entumecidas/después de haber sangrado tanto*. Si ya de por sí, una palabra es espectral en esencia, ¿cómo hablar de las palabras de los desaparecidos o cómo referirse a ellos? Los *huesos molidos* que *develan mi ausencia* son una imagen de esas palabras que además hablan adentro sin que la conciencia pueda detenerlas.

Tampoco es posible mentar el origen. En la primera parte, especialmente la madre y menos el padre, producen la entrega de esa lengua en la que Waisman es hablada. *Ella/me dibuja en su aire*. Mientras asiste al maquillaje de su madre es socializada: “dibujada en su aire”, esto es “hablada”. El padre *plegaba y apilaba/ con cuidado/ sus pañuelos de humo*. De tabaco sí, pero también el humo de las palabras legadas, el lenguaje, la imagen, el símbolo. Tiempo del simulacro del origen (diría Deleuze), donde los recuerdos apenas son *tenedores sin dientes*.

¿Y el amor? ¿Cómo puede entenderse un amor que termina en la disolución de la muerte, la peor de las disoluciones, porque se disuelve antes de extinguirse? En definitiva, lo que es quitado, la quita: *quitarle el sueño a la ausencia/ quitarte el sueño / y quitarme*. Cuchillos que lamen heridas, ausencia que arrulla en la disolución, brazos que se dejan caer, mustios, acabados, son algunas de las imágenes que producen el caos (en griego: abertura), un orificio ínfimo pero de terrible precisión. También la vida cotidiana aparece mentada con austeridad: *Escuchaba estrellas/ veía silencios//Nada era imposible en aquella organización/ del tiempo*. Y mejor: *Picabas verdura como quien/ pintara un cuadro puntillista*. Hay un poema que expresa el sentido puro del texto: *Decantan/ las palabras/ en la copa de vino/ que no tomamos//Ya no tomaremos juntos//Tu nariz se alejó/ definitivamente/ y a mí un caballo me robó/ los ojos//Sin embargo/ las palabras/ siguen acá:/ dicen lo que yo no digo//Hablan solas*. El otro gran poema central es “Saberes” y está en la primera parte: *El inconsciente/ sabe/ cosas que/ Yo/ no sabe//¿Quién escribe/ estas palabras:/El inconsciente// Yo que no sabe//La que sabe?* En el texto no está remarcado lo que yo resalto porque entiendo que es el “omphalos”, la pregunta por cómo se produce la operación, si es acaso el inconsciente o el “yo (que no sabe)”. Hay un secreto saber que podría ser atribuido a las generaciones que van formando la lengua o a un saber tan misterioso como íntimo.

El otro lugar de ser hablada es *lo arduo* inútil, el mito de Sísifo, diría Camus. El abandono, las incapacidades, lo múltiple, el tiempo, la dispersión, la soledad, lo insoportable, el hueco (*¿se habrá escurrido Safo, / por sus propios huecos/ sin saber/ donde ponerse?*). Lo arduo parece ser algo simple y primario, pero hay más que eso, y tal vez esa lengua que nos habita y habla por nosotros llegue a incapacitarnos para la comprensión de la dificultad continua que significa vivir. (*Lo arduo se resume/ en pocas palabras: // Y sin embargo// no*). Tal vez la poesía pueda ser un escape a esa infinita complejidad que requiere tanto esfuerzo (*desdichados/ quienes no aprenden /a mirar sonidos*). Cuando el habla que nos habla, se libera, es capaz de la sinestesia. El último y mejor poema del libro lo dice en su final: *Una sola línea podría contener la metáfora del mundo//Como esa caja de arroz/ anunciando su delicia*.

Las estaciones, los ciclos también forman parte de esa habla que nos habla. Pero tienen una dicha para darnos: el *verano sin arrugas*, la deseada *lentitud del pensamiento*, o la devolución de *los olores de la infancia* en otoño. En esos momentos lo arduo deja de ser arduo, la muerte está lejos y parece que no nos atañe.

El libro de Alicia Waisman *Ser hablada* está dividido en seis partes: "Origen", "Tres estaciones", "Lo arduo", "Tema con variaciones", "Sin título", "Ser hablada". Libro austero y exquisito, trabaja como una aguja exacta, y, a la vez, de sensibilidad tan fina como sutil.

Si todo libro de poemas es una definición sobre la eterna pregunta sin respuesta "qué es la poesía", el libro de Waisman plantea la interrogación sobre el lenguaje mismo, "esa condenación aún desconocida y esa felicidad aún invisible" en palabras de Blanchot. En la tradición de la poesía clásica que habla de la ajenidad, dirigida a musas y daimones, aquí el propio lenguaje asume su doble carácter de silencio y alienación. El poeta es así atravesado por la lengua como cualquier hablante, pero con la cierta conciencia de semejante fenómeno. Y como siempre todo en el arte asume su condición paradójica, se hace en la medida de desconocerse, más dueño de lo más esencial de sí mismo. Esta poesía a la que puedo calificar justamente de "esencial" es, en ese sentido, de una claridad abismática.

LILIANA DIAZ MINDURRY

Octubre de 2013

A Marina

A Juan Luis

ORÍGENES

Las mandarinas huelen,
endulzan
la tarde.

Mi madre decora una tarta.
Amorosa,
separa cada gajo.

Ay,
ese olor sin tiempo
arropado
en la memoria.

Tenedores sin dientes:
Así son los recuerdos.

Mi madre
pela una palta
La aplasta
con un tenedor
Prolijamente
Le agrega sal y jugo de limón

Canta

Con esfuerzo
yo arrimo una banqueta

Trabajosamente
trepo a la mesada

Desde allí
-por fin alta-
miro hacer

Feliz

Mi madre
se sienta a maquillarse
sobre un puff azul
frente a un espejo
que llega al cielo

Me es permitido -no siempre- mirar la ceremonia:
el maquillaje base
la combinación de sombras sobre los párpados superiores
el rimmel, el polvo compacto
el rouge de labios

Se observa luego atentamente
y con un cisne de algodón
quita el exceso
“hace parecer antinatural”
o algún trazo en falso
“desdibuja el contorno de los labios”

Elige por último
un collar
un par de aros
un broche
Pulseras no
“no me gustan”

Ella
me dibuja en su aire

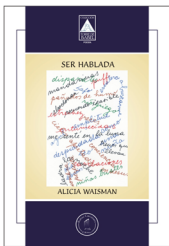
Duplicaba mi tiempo
Plegaba y apilaba
con cuidado
sus pañuelos de humo

Entre sus rodillas
cabíamos
yo
y el mundo

Mi padre

Saberes

El inconsciente
sabe
cosas que
Yo
no sabe.
¿Quién escribe
estas palabras:
El inconsciente/
Yo que no sabe/
La que sabe?



Si todo libro de poemas es una definición sobre la eterna pregunta sin respuesta “qué es la poesía”, el libro de Waisman plantea la interrogación sobre el lenguaje mismo, “esa condenación aún desconocida y esa felicidad aún invisible” en palabras de Blanchot. En la tradición de la poesía clásica que habla de la ajenidad, dirigida a musas y *daimones*, aquí el propio lenguaje asume su doble carácter de silencio y alienación. El poeta es así atravesado por la lengua como cualquier hablante, pero con la cierta conciencia de semejante fenómeno. Y como siempre todo en el arte asume su condición paradójica, se hace en la medida de desconocerse, más dueño de lo más esencial de sí mismo. Esta poesía a la que puedo calificar justamente de “esencial” es, en ese sentido, de una claridad abismática.

Liliana Díaz Mindurry
Octubre 2013

